

Domingo de Ramos

Lucas 19, 28-40; Isaías 50, 4-17; Filipenses, 6-1-1

« ¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! »

24 Marzo 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« Hoy nos emocionamos reconociéndole Rey en nuestra vida.
Queremos acompañarle en estos días, vivir con Él, sufrir a su lado »

Llegar al Domingo de Ramos supone comenzar a caminar hacia el Calvario. La alegría de los ramos nos introduce en el dolor de la Pasión. ¡Qué paradoja! Aclamamos al Rey de los judíos presintiendo la muerte de Cristo en la cruz: « ¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! » Cristo vivió con intensidad su vida, cada momento. Se alegró en los momentos de alegría y sufrió en los momentos de dolor. Rió y lloró, como nosotros. Se conmovió hasta las entrañas, se llenó de pena y le dolió en lo más profundo la traición y el abandono. Derramó sus lágrimas sobre Jerusalén. Se sintió impotente para salvar a su pueblo, al hombre. Se quedó sin palabras, mudo, llevado hasta el Calvario. Nada hubiera podido calmar su dolor, ni la liberación de esa muerte pasajera, ni el rescate milagroso en manos de sus ángeles, ni la huída ideada por aquellos que le amaban. Aceptó el cáliz que tenía que beber y lloraba por el hombre que se negaba a aceptar el amor de un Dios hecho carne. Lloraba por el corazón de piedra que no lograba acoger el amor de Dios. Sí, Jesús pasó por la tierra amando la vida, los momentos de paz, los paisajes llenos de luz, al hombre en su dolor o en su alegría. Amó a sus amigos, rió y lloró con ellos. Reflejó con sus actos que la vida es un don, aunque muchas veces no seamos capaces de vivirla con esperanza, porque vemos sólo lo negativo, porque nos deprimimos pensando que no hay salida. Es un don que se nos regala por un tiempo, días para vivir y sonreír, días que se nos escapan, días para caminar con el corazón encendido y lleno de paz. Hasta que un día la llama de la vida se apaga lentamente, a veces por sorpresa, siempre con una certeza: el fuego definitivo se encuentra en el lugar hacia el que caminamos, aquí estamos de paso. Es ésta la mirada que hoy tenemos al llegar conmovidos y detenernos ante las puertas de Jerusalén. Escuchamos los cantos de alegría y la aclamación de Jesús como Rey. Nos emociona alegrarnos con Cristo, porque sabemos que ya ha vencido. Ya hemos vivido su muerte, ya hemos tocado el cielo en sus manos. **Por eso hoy nos emocionamos reconociéndole Rey en nuestra vida. Queremos acompañarle en estos días, vivir con Él, sufrir a su lado, sin huir de la cruz.**

Sin embargo, el tiempo vuela y la Semana Santa puede llegar a irse sin haberla vivido santamente. Las vacaciones con su ocio nos apartan de lo esencial. Dejamos de mirar a Cristo y nos olvidamos de su cruz. Decía el Papa Francisco: «*Sin la Cruz, no somos discípulos del Señor, somos mundanos*». Y tal vez nos hemos vuelto demasiado mundanos. Amamos tanto el mundo que nos hemos olvidado de poner a Cristo en él, en lo que hacemos y vivimos, en nuestras prioridades de cada día, en nuestro ocio. Quisiéramos cuidar a Cristo durante estos días. Decía el Papa Francisco lo importante que es custodiar a Cristo con nuestra vida, a imagen de San José, y custodiar nuestro corazón para que reine Cristo en él: «*Custodiar quiere decir vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón. Porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas. Las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura*». Miramos a Cristo y le entregamos nuestro corazón. La gran misión que tenemos en esta vida es educar el corazón. ¡Cuánto nos cuesta caminar con nuestras pasiones, aceptar nuestras inclinaciones, colocar el

corazón en el lugar adecuado y mantenernos fieles y firmes en nuestras decisiones! Tendemos a dejarnos llevar por sentimientos confusos y desordenados que acaban mandando sobre nosotros. Y tal vez por eso nos cuesta tanto a menudo mostrar nuestros sentimientos y nuestra ternura con aquellos a los que amamos. Porque nos sentimos demasiado vulnerables y frágiles. Nos decía el Papa que no hay que tenerle miedo a la bondad y a la ternura. Es el camino que queremos recorrer estos días. No temamos sentirnos vulnerables. Jesús amó, no tuvo miedo a entregar su bondad y su ternura, fue vulnerable, dio su vida. No le dio miedo amar hasta el extremo. Aunque sabía lo que le costaba al hombre aceptar tanto amor. Cuando amamos nos mostramos frágiles. Mostramos nuestra debilidad, nos exponemos. Podemos ser rechazados. Podemos recibir el desprecio como respuesta. Y puede que lo que recibamos no sea tan valioso como lo que entregamos. Poco tendría que importarnos, pero nos importa. No nos gusta mostrarnos débiles y que los demás no respondan. Hoy acompañamos el amor más grande, el amor de Cristo hombre y Dios, que se entrega por nosotros. Un amor derramado y rechazado por el hombre. Nos sobrecoge ver su rostro ensangrentado porque refleja el dolor de un corazón roto y vacío, arrodillado a los pies de los hombres. **Y el hombre, carente de amor y necesitado de tanto amor, no sabe, sin embargo, acoger el amor de Dios en su vida.**

El amor de Cristo fue rechazado. Su justicia no pudo ser acogida por el hombre. En ocasiones, el que alguien actúe siempre correctamente, el aparecer perfecto ante la humanidad, puede resultar difícil de aceptar por aquellos que no somos perfectos. Cuando no actuamos con justicia, cuando nuestra vida no está llena de bondad, el comportamiento del justo, del que ama sin miedo, del que pasa haciendo el bien, nos incomoda, porque aparece como una acusación manifiesta. Dice el libro de la *Sab 2, 12-22*: *«Se dijeron los impíos, razonando equivocadamente: - Acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; declara que conoce a Dios y se da el nombre de hijo del Señor; es un reproche para nuestras ideas y sólo verlo da grima; lleva una vida distinta de los demás, y su conducta es diferente; nos considera de mala ley y se aparta de nuestras sendas como si fueran impuras. Veamos si sus palabras son verdaderas, comprobando el desenlace de su vida. Si es el justo hijo de Dios, lo auxiliará y lo librará del poder de sus enemigos; lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay quien se ocupa de él»*. El justo puede llegar a «dar grima», el cristiano puede llegar a despertar el odio y la violencia. Por eso es comprensible el martirio. Porque ante esa actitud libre y desinteresada no cabe ni el chantaje ni el soborno. Cuando no se puede comprar el alma de un hombre, su voluntad, su vida, uno se siente desarmado ante tanta libertad. Por eso era necesario que el cristiano muriera. Por eso se entiende la Semana Santa que comenzamos. A Jesús lo mataron porque su vida «daba grima», porque su vida se había convertido en un signo de contradicción. Su justicia, su amor, su verdad eran una provocación constante. No alteraba tanto el orden establecido, pero sus palabras y sus signos, parecían provocar a los representantes de Dios en el pueblo. El justo cuestiona la forma de vivir de los que lo miran. Y por eso surge el odio. ¡Cómo tolerar tanta perfección y tanto amor! El corazón se llena de impotencia. Y de la impotencia surge la rabia y la violencia. No se puede aceptar ese amor que busca respuestas, que pide cambios. El corazón se resiste a cambiar, huye de aquel cuya justicia es una invitación a transformar la propia vida. Tal vez lo paradójico es que hoy los cristianos ya no damos grima. Tal vez la Iglesia como Institución sigue despertando desprecio en muchos corazones, pero ya no incomoda. El cristiano acaba pasando desapercibido. Nos hemos adaptado muy bien al mundo, a sus reglas, a sus hábitos, y casi no somos reconocibles. Ya casi no nos distinguen en medio de los hombres. No somos tan justos como para que nuestra justicia llegue a cuestionar la vida de los otros. No amamos tanto como para que nuestro amor llegue a ser inabarcable e inaceptable por el que no logra amar. No hacemos tanto bien como para que nuestra bondad cuestione la vida de los hombres. No somos tan honestos. Hoy nos cuestionamos nuestra forma de vivir. **Queremos ser más justos, queremos ser un reflejo de la bondad de Dios y de su amor.**

La entrada en Jerusalén nos habla de esperanza. Es la esperanza que nos sostiene. Jesús entra entre aclamaciones previviendo, insinuando veladamente, lo que va a ser la Pascua. Jesús es aclamado como rey cuando todo a su alrededor habla de odio y deseo de venganza. El justo, su vida justa, ha despertado el odio y quieren matarlo. Pero esta entrada en gloria alegra el corazón de los que lo seguimos. Muchos lo amaban y admiraban su vida. Escuchaban con fervor sus palabras que tenían vida eterna y habían presenciado con entusiasmo los milagros que hacía. Seguían sus pasos y admiraban su forma de vivir. Nosotros pertenecemos a ese grupo que aclama a Dios, porque amamos sus palabras, nos arrodillamos ante su rostro, seguimos sus pasos, nos conmueve su amor. Su vida nos alienta y anima a vivir; nos invita al cambio y nosotros sí deseamos cambiar. Llegamos hasta aquí enamorados. Traemos nuestros ramos de olivo y nuestros mantos. Sabemos que Cristo es el verdadero camino y queremos demostrar todo lo que nos alegra. El amor tiene que expresarse, por eso nos alegramos lanzando ramos de olivo a sus pies. Como muestra de alegría, de admiración y respeto. ¡Cuánto nos cuesta expresar la alegría y el cariño! ¡Cuánto nos cuesta mostrar nuestra admiración, nuestra bondad y nuestra ternura! Nos da miedo. Hoy nos alegramos con los discípulos y seguidores de Jesús: *«En aquel tiempo, Jesús echó a andar delante, subiendo hacia Jerusalén. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, diciéndoles: -Id a la aldea de enfrente; al entrar, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: - ¿Por qué lo desatáis?, contestadle: - El Señor lo necesita. Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: - ¿Por qué desatáis el borrico? Ellos contestaron: - El Señor lo necesita. Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos y le ayudaron a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y, cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos, por todos los milagros que habían visto, diciendo: - ¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto».* Lucas 19, 28-40. Aclamamos al que entra como rey subido en un sencillo pollino. Aclamamos su aparente impotencia, su pobreza, su humildad. Nos sobrecoge lo que va a suceder y nos alegra saber que, al final, el bien es más fuerte. Que el amor vence el odio. Que la paz supera la venganza. Y la vida vence la muerte. Quisieron vengarse del justo quitándole la vida y creyeron que su amor iba a morir en lo alto de un madero. Hicieron sus planes, calcularon su fuerza y atacaron. Sobrevaloraron sus fuerzas, creyendo que Jesús desaparecería incluso del recuerdo de sus amigos. Pensaban que la vida de un hombre no era tan importante. Ellos nunca creyeron en un Dios que se había hecho carne por ellos. No podían aceptar un amor inmerecido, un Dios capaz de perder su poder para mostrarse impotente. Era una blasfemia. No comprendieron la gratuidad de su amor crucificado. **No aceptaron a un Dios menesteroso, débil, frágil, crucificado. Dudaron y pidieron justicia.**

El camino de la Semana Santa comienza el domingo de ramos con alegría pero continúa con el dolor del rechazo. El salmo expresa el sentimiento que nos va a acompañar estos días: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: - Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo».* Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24. El desprecio de los otros nos quita la paz. Las ofensas que guardamos sin poder perdonarlas. Volvemos la mirada a Dios que nos sostiene. Heridos, con el alma llena de llagas. Una persona comentaba: *« ¿Qué me quita la paz? Vuelvo a responder como antes, el desamor, los ataques gratuitos que no llego a entender. Sobre esto he pensado mucho y quizás no debería buscar las razones que lo originan sino ofrecerlo todo e imaginarme que soy privilegiada por ellas, que se me regalan para entender mejor a Jesús y a María, para quererles más, para asemejarme más a ellos. Jesús fue odiado en su camino de cruz. Por primera vez en mi vida siento el deseo de meditar a fondo su Pasión y de vivirla en mí, en ella está contenida todo el misterio de mi gran cruz».* El misterio de

nuestra cruz. Sí, ese misterio y el dolor al entender que la cruz nos acompañará siempre, nos ayudan a vivir estos días. « ¿Qué nos quita la paz?» Nos preguntamos. Muchas cosas nos la quitan. Las ofensas, los miedos al pensar en el futuro, las heridas. Las palabras que tocaron nuestra alma herida, los desprecios cargados de silencios. Nos abrimos al abismo de esta semana que es santa cargados con nuestros dolores, con nuestro propio pecado y el de los hombres. Nos asomamos al abismo de un amor crucificado que nos tiende su mano llagada para levantarnos de nuestro barro. ¡Cómo no temblar! ¡Cómo vivirlo con paz! El corazón se rebela ante la injusticia. La injusticia sufrida por Cristo. Y, sobre todo, nos irritamos ante la propia injusticia. Las ofensas injustas nos flagelan el alma. Los fracasos injustos son insoportables, y las victorias morales no eliminan el sufrimiento. Las pérdidas inmerecidas son muy dolorosas, porque soñamos con retener, no queremos perder nada. Sí, tenemos muchas razones para estar heridos en esta vida. Tememos la cruz que nos ata al madero y nos impide tocar las cumbres con los dedos. Nos asusta y quita la paz una muerte sin sentido, un final abrupto. El silencio de la muerte siempre es el mismo. Pienso en la muerte de San José. No tuvo una muerte apoteósica. Su muerte quedó guardada en el silencio de los Evangelios. Nada se dice de él. Nos da miedo perder la vida y que el mundo siga girando sin nosotros. Un mundo que no se detiene ante nuestra muerte nos parece un mundo cruel. Nos asusta vivir con el dolor escondido en el alma y pensar que nuestra vida es una vida enterrada que no da fruto. **¿Dónde habla Dios desde la cruz? ¿Cómo nos habla en ese dolor mudo de la cruz, sólo interrumpido por el llanto de los que lo aman?**

Caminamos echando ramos a los pies de Jesús. De ese Jesús rey que viene a nuestra vida. Caminamos dando testimonio de una fe viva. No por el simple hecho de dar testimonio, sino porque queremos poner a Cristo en el centro de nuestra vida y no siempre lo logramos. Decía el Papa Francisco: *«Podemos caminar todo lo que queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, la cosa no va. Nos convertiremos en una ONG asistencial, pero no en la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, uno se detiene. Cuando no se edifica sobre piedras ¿qué sucede? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando hacen castillos de arena, todo se viene abajo, no tiene consistencia»*. Confesamos a Cristo como nuestro Señor. Somos de Cristo cuando Cristo está en el centro de todo lo que hacemos. Continuaba diciendo el Papa: *«Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del demonio. En el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay sacudidas, hay movimientos que no son movimientos del camino: son movimientos que nos tiran para atrás. Tengamos el coraje de caminar en presencia del Señor, con la Cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, que se ha derramado sobre la Cruz; y de confesar la única gloria: Cristo Crucificado. Y así la Iglesia irá adelante»*. Esta Semana Santa tenemos una nueva oportunidad para levantar la casa de nuestra vida sobre Cristo. Queremos edificar sobre tierra firme, sobre roca, sobre el amor de Cristo. No deseamos que las más mínimas turbulencias en nuestra vida nos quiten la paz. Sabemos que sólo si nos refugiamos en el corazón de Dios, **sólo si vivimos anclados en su esperanza, será posible resistir las cruces y embates de nuestra vida.**

No podemos recorrer la vida con Cristo en el corazón sin aceptar la cruz, nuestra cruz, su cruz. A veces vivimos pronunciando en nuestro corazón continuamente la palabra «no». No nos gustan aspectos de nuestra vida, de nuestra vocación, de nuestro físico, de nuestras circunstancias. Nos levantamos con dificultad a la vida cada mañana pretendiendo eludir la eterna pregunta: « ¿Me sigues? ¿Tomas tu cruz y me sigues?» Y nosotros hacemos un quiebre a la vida para evitar tantas preguntas que nos quitan la paz. No, no queremos aceptar ciertas cosas. Queremos que sean distintas, queremos cambiarlas o que cambien lentamente. El otro día leía: *«Lo que me rodea, lo que es, lo que forma la trama de la creación y de la historia, lo que es el resultado del designio de Dios y de mis fechorías pasadas debo aceptarlo. He de partir de ahí. Si soy cojo debo aceptar que soy cojo. Si estoy cansado debo aceptar que estoy cansado. Si el cielo es gris debo aceptar que es gris. Debo encararme con la realidad, debo aceptar lo*

que me rodea, debo ver lo real como propuesta de Dios. Sí, Padre, he de decir. He de partir de ahí»¹. La vida se juega en presente, en nuestro sí consciente y claro. En el hoy se decide mi «sí» o mi «no» a la vida que vivo. ¿Acaso no es la que soñamos hace diez, veinte, treinta años? ¿Es peor? ¿No tenemos la oportunidad cada día de volver a empezar? De nosotros depende. De la calidad de nuestro amor, de la audacia para seguir el camino de Cristo, de la capacidad para perdonar, aceptar y amar. Porque es a Él a quien seguimos. Pero a veces lo hacemos con un amor mezquino y egoísta. Lo miramos a Él caminar hacia el Calvario. Miramos su sí pronunciado bajo la cruz que le pesa en los hombros. Miramos su sí clavado en el madero y pensamos que nuestro deseo es seguirle siempre, aunque nos duela. Y hacemos nuestras estas palabras: *«Aunque sea débil e incapaz, Jesús me exige morir de amor, porque es la voluntad del Padre, el paraíso, mi gozo eterno, su ejemplo de amor. ¡Cuán indigno del verdadero amor es querer solo gozar con Jesús en Su resurrección sin la solidaridad dolorosa del viernes santo!»* Sí, sería indigno seguir a Jesús y obviar su cruz, evitando el sufrimiento. **No sería propio del nombre cristiano seguir a Cristo sin tomar la cruz sobre nuestros hombros.**

El camino de la cruz es el camino del despojo y la renuncia. Dios es despojado de su poder y sólo queda la pobreza de la humanidad. Hoy escuchamos: *«Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cual quiera- y se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre».* Filipenses, 6-1-1. Cristo se despoja de su poder. Y nosotros nos negamos a despojarnos de nada. No nos gusta renunciar. El corazón quiere acaparar, tener, conservar, pero no perder nada. Sin embargo, llevar la cruz exige un corazón capaz de despojarse. Hoy nos despojamos de nuestros mantos y los ponemos a los pies de Cristo. Nos despojamos de nuestros deseos para que sea su deseo el que venza en el corazón. Nuestra actitud ante la cruz no se improvisa. Morimos tal y como hemos vivido. Enfrentamos la enfermedad de la misma forma como enfrentamos la salud. Las contrariedades nos educan en la libertad interior. Cuando aprendemos a renunciar se ensancha el alma. Pero no estamos muy acostumbrados a renunciar. El mundo no nos educa en la renuncia. Más bien en lo contrario. La vida que ofrece el mundo nos enseña a disfrutar los placeres, sin renunciar a nada, conservándolo todo. Porque la renuncia duele. Por eso es muy difícil abandonar nuestra vida en las manos de Dios y confiar. Pero es el camino para no improvisar en la vida. Una persona rezaba: *«De nuevo tú Jesús, te haces presente de manera fulminante, me esperas, me sigues esperando y me preguntas: ¿Me sigues? Yo tiemblo, me veo incapaz, no me veo digna, me muero de miedo. ¿Qué me tendrás preparado? Te contesto que no puedo, te pongo mil razones, que en mi cabeza suenan lógicas, pero el corazón se entristece y llora. Vuelvo a repetirte las razones y tú me preguntas de nuevo: ¿Me sigues? Yo sé cómo eres, te quiero así, sígueme. No puedo, es demasiado, no lo controlo, dame tiempo, déjame ser mejor para merecerte».* Le ponemos excusas a Dios porque no nos sentimos preparados. **Hoy, al comenzar este camino de Semana Santa, nos pregunta de nuevo: «¿Me sigues?»**

La Semana Santa es una invitación a seguir a Jesús en el Calvario. Nos sentimos indignos. Nos pesan nuestras faltas y pecados. Por eso miramos a María. El otro día una persona decía: *«Pero por ser de Dios, padre bueno que nos quiere, son cruces de amor. Son cruces con María. Igual que nos pensó a nosotros, nuestra vida, con sus cruces y sus alegrías, nos pensó con María. No me imagino mi vida, dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, sin su compañía».* Con María todo parece más fácil. Miramos a María atravesada por una espada en su corazón. La contemplamos al pie de la cruz. Firme, sólida, paciente, sosteniendo nuestra mirada. Nos conmueve su llanto y su dolor. Y los ojos que se posan sobre nosotros para levantarnos, para darnos ánimo y esperanza para caminar. En el fondo del alma nos

¹ Carlo Carretto, “Padre, me pongo en tus manos”, 142

gustaría responderle como decía una persona: *«Sí, te sigo, con mis pecados, con mis miserias, con mi vida, Tú verás lo que haces de mí. Te sigo temblándome las piernas, te sigo para conocerte más, para amarte más, para que me invadas con tu amor. Te sigo, aquí estoy Jesús, perdóname cuando te falle, cuando me aparte de Ti, cuando no te cuide o no te hable, Tú no te alejes de mí»*. Nos gustaría aprender a descansar más en Dios como lo hizo María. Nos gustaría creer más como Ella, cuando notamos que no nos llegan las fuerzas, cuando la vida se hace pesada y nos es difícil caminar. Nos gustaría escuchar cada día en el corazón: *«Yo haré todo el trabajo, tú nada tienes que hacer sino amar y abandonarte. No te importe tu nada, ni tu debilidad, ni aún tus caídas. Mi Sangre todo lo borra. Bástate a ti saber que te amo. Abandónate»*. Es lo que hoy Dios nos dice, lo que Cristo nos confiesa. Es lo que María también nos dice. Así comenzamos la Semana Santa, con esta certeza en el corazón: Dios nos ama y hace nuestro trabajo. María nos fortalece en el camino. A veces nos angustia no poder, no llegar, no lograr. Dios nos asegura la victoria final. Si nos abandonamos, si nos dejamos llevar, Él hará posible lo que nos pide, lo que parece demasiado pesado. Él saciará nuestro corazón insatisfecho. **Cargará con nuestra cruz, como Simón de Cirene, para que no caigamos bajo el peso del dolor.**

La Semana Santa que hoy iniciamos debería hacernos crecer en la misericordia. Nuestra vida vale la pena cuando se entrega por amor. Decía el profeta Isaías: *«Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído. Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado»*. Isaías 50, 4-17. El rompernos por amor en mil pedazos parece ser el camino que queremos seguir. La cruz del Señor tiene que hacer más visible el amor en nuestro corazón crucificado. Decía el P. Kentenich: *«No hay virtud como el amor que modele tan profundamente nuestra alma. Está bien que aspiremos a toda una cantidad de virtudes tales como la humildad, la obediencia, la pureza, etc. Pero ninguna de ellas transforma tanto al hombre como el amor»*². Y añadía el P. Kentenich algo con lo que estamos de acuerdo sobre el papel pero que luego, en la lucha diaria, olvidamos con facilidad: *«Es preferible tolerar algunas imperfecciones o bien algún defecto, pero no fallar en el cultivo del amor. No sólo entregarse al trabajo a rajatabla, sino trabajar de tal manera que la labor sea para mí una oportunidad de crecer en el amor. Hay que asumir el riesgo del amor cueste lo que cueste. El sí audaz es fruto del amor y humildad que podemos lograr con la ayuda de la gracia»*³. Nos gustan las virtudes que brillan, la perfección aunque sea aparente. Nos detenemos en los detalles y perdemos el tiempo y la fuerza en nuestro afán perfeccionista. Dejamos de amar queriendo tenerlo todo controlado, todo en orden, y nos cuidamos demasiado para que nada se rompa. Y así tampoco se rompe nunca nuestro corazón. Una persona rezaba: *«Partirme, romperme en mil pedazos, derramar toda mi vida, amando, entregando, vaciándome, muriendo. Así, poco a poco, si tú me lo pides. Mis pies gastados de tanto buscarte, mi corazón herido por no encontrarte, mi alma sedienta de saciarse. Allí estás, aguardándome desde siempre, ofreciendo tu vida, derramando tu sangre, te miro y me miras. Lloras por mi vida no derramada. Lloro por mi miedo a no entregarme. Lloramos y nos abrazamos. Sólo tú podrás romper mi vida, partirla en mil pedazos»*. Así queremos vivir, buscando y encontrando. Partiéndonos para no retenerlo todo. Rompiéndonos en mil pedazos para que se derrame nuestra vida a los pies de Cristo, a los pies de los hombres. Nuestro amor es lo importante. Nuestro amor que pueda quedarse en muchos corazones. La Semana que vivimos es un canto al amor, a la misericordia de Dios; esa misericordia que se rompe para que todos podamos saciarnos en esa sangre que se entrega. Dios quiere que nos partamos desde nuestro madero, como Él lo hace por nosotros, para que nuestro amor sacie muchas vidas. No nos quiere perfectos, intactos, sin mancha. Quiere nuestro amor roto que pueda saciar a muchos. **Quiere nuestro corazón herido en el que Él pueda habitar y en el que muchos puedan descansar.**

² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 327

³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 328